

lo ignoto, viendo á bordo con Martín Alonso á sus hermanos Vicente Yañez y Francisco Martín, á los acreditados pilotos y armadores Niños con sus deudos y amigos, oyendo las ofertas y seguridades del capitán, el amor que le tenían con la dádiva que les consentía auxiliar durante la ausencia á las familias, acabaron con la duración de los indecisiones, dándole Palos, Huelva y pueblos vecinos los brazos necesarios.

«Martín Alonso, dice uno de los testigos del proceso mencionado, traía tanta diligencia en allegar la gente e animalla, como si para él e para sus hijos hobiera de ser lo que se descubriese. A unos decía que saldrían de miseria; á otros que hallarían ventura con tejás de oro; á quien brindaba con buena ventura para cada cual halaga y dinero; e con esto e con llevar confianza en él se fué mucha gente de las villas.»

Se tripuló, por tanto, la armada con voluntarios andaluces y con los cántabros que mandaba Juan de la Cosa, avezados á la navegación de las costas de Africa, Flandes é Irlanda, que era la que alimentaba el comercio nacional; Cristóbal Colón, su jefe superior, los calificó de *buenos y cursados hombres de mar*, y no es mucho que le merecieran tal concepto Vicente Yañez Pinzón, el descubridor futuro del Brasil, autor de la carta que sirvió de padrón por donde se rigieron los que después iban á aquellas partes; Juan de la Cosa, explorador del golfo de Urabá y autor también del mapa que se tiene por monumento geográfico; los Niños, que con Guerra, Ojeda, Lepe, dieron á conocer las costas de la América central. En cuanto á las naves, declaró el mismo Colón, con voto de calidad, que *eran muy aptas para semejante fecho*.

Compare el que quiera estos resultados con los del que no logró mover el ánimo de los criminales alcanzando el indulto de la pena merecida con sólo acompañarle; compare el armamento completo, que ahora satisfacía á los preceptos de los Reyes, de componerse de *las mejores carabelas de la Andalucía y de toda gente fiable y conocida*, con el que no pudieron conseguir los esfuerzos extremos del aventurero desconceptuado, del *pobre loco*, del que, al decir de la plebe, quería llevar al matadero á los mareantes, y estime si en realidad de verdad pasaba por cosa notoria y pública, como por muchos testimonios consta, que si por Martín Alonso Pinzón no fuera, ni la armada se aprestara, ni Cristóbal Colón saliera del puerto, ni las Indias se descubrieran.

Esta es la verdad: de nada sirvieran á Cristóbal Colón las dotes privilegiadas que atesoraba, la tenacidad, la convicción, la certeza de sus cálculos, el amparo de los Reyes, la autoridad de las capitulaciones firmadas. El solo no podía echarse á la mar y surcarla; sin Pinzón, que ya una vez ayudó á sacarle de la postración decidiendo la vuelta á la corte y contribuyendo al logro de los afanes; sin Pinzón no tuviera naves y no pasara por lo mismo de arbitrista.

Un celo extraviado llevó al licenciado Villalobos, fiscal del Consejo de Indias, con ayuda del despacho justificado de Juan Martín Pinzón, á procurar para Martín Alonso la iniciativa del descubrimiento. Intentaron probar que, teniendo Pinzón noticias de las Indias por escrituras sacadas de la librería del papa Inocencio VIII, había discurrido hacer el viaje con tres navíos de su pertenencia antes que Colón cayera en ello. Que el navegante genovés, siendo informado del saber y experiencia de Pinzón, se encaminó expresamente á Palos en su busca para imponerse en la *recuesta* de las dichas Indias, y que con la información y dineros que recibió se fué á la corte á entablar las negociaciones.

¡Intento vano! Los deudos del mismo Pinzón confesaron honradamente que nunca oyeron hablar de descubrimientos, ni siquiera de la existencia de las Indias, hasta la llegada de Cristóbal Colón. Como dicho queda, por más ilustrado que otros, así por afición como por el comercio con gentes de Italia, es de admitir que extendiera los conocimientos geográficos hasta el mayor nivel que alcanzaban, tomando nota de las obras de Aristóteles, Strabón, Plinio y Ptolomeo; con todo, si estos conocimientos predisponían su discurso para no ver en Cristóbal Colón un soñador como los otros, antes bien le inclinaban á comprender, adoptar y seguir el plan del extraño, teórica y prácticamente razonado, tal plan no se ofreció antes á su mente.

El licenciado Villalobos, fiscal en el pleito, no pensó tampoco que, por negar á D. Cristóbal cualquiera de las aptitudes personales, por decir que otros le llevaban y le dirigían, no le despojaba de la autoridad y mando superior de la expedición, por cuyas condiciones esenciales recababa el lauro de la victoria, como le correspondía la responsabilidad del fracaso. A tanto llega la ofuscación en

casos en que de la verdad se prescinde. Hay que dar á cada cual lo suyo: Cristóbal Colón, capitán general de los bajeles que abordan á las islas indias, tenía que ser su descubridor á todas luces, lo que no obsta para que el hallazgo, á todas luces también, se debiera á Martín Alonso Pinzón por lo que queda expuesto.

No más justo que el Fiscal del Consejo de Indias, D. Fernando Colón, al escribir la historia de su padre, omitió las circunstancias del armamento de la expedición, pensando acaso que rebajara los méritos de su progenitor la evidencia del auxilio y participación de un hombre de las condiciones del Capitán de Palos. Bartolomé Colón, hermano del Almirante, por el contrario, no tuvo reparo en reconocer que, sin las gestiones de Pinzón, el viaje no se hubiera realizado. Del mismo modo lo entendieron, como historiadores, los PP. Bernaldez y Las Casas, siendo tan amigos como eran de D. Cristóbal; y es de observar cómo el Obispo de Chiapa, que por lo general se valía para la redacción de su *Historia de las Indias* de la escrita por D. Fernando Colón, se apartó de su texto al tratar de los principios.

«Comenzó Cristóbal Colón, dice, á tratar en el Puerto de Palos de su negocio y despacho, y entre los vecinos de aquella villa había unos tres hermanos que se llamaban los Pinzones, marineros ricos y personas principales. El uno se llamaba Martín Alonso Pinzón, y éste era el principal y más rico y honrado, y á éstos cuasi todos los de la villa se acostaban.... Con el principal, Martín Alonso Pinzón, comenzó Cristóbal Colón su plática, rogándole que fuese con él en aquel viaje y llevase á sus hermanos, parientes y amigos, y sin duda es de creer que le debió prometer algo, porque nadie se mueve sino por su interés y utilidad, puesto que, no tanto como algunos dijeron, creemos que este Martín Alonso, principalmente, y sus hermanos, ayudaron y aviaron mucho á Cristóbal Colón para su despacho, por ser ricos y acreditados, mayormente el Martín Alonso, que era muy animoso, y en las cosas de la mar bien experimentado. Y porque Cristóbal Colón quiso contribuir la ochava parte en este viaje, porque con sólo el cuento de maravedís que por los Reyes prestó Luis de Santángel no podían despacharse, y también por haber de la ganancia su ochavo; y como Cristóbal Colón quedó de la corte muy alcanzado, y puso medio cuento de maravedís por el dicho ochavo, que fué todo para se despachar necesario, como pareció por las cuentas de los gastos que se hicieron por ante escribano público en la dicha villa y Puerto de Palos, que el dicho Martín Alonso, cosa es verosímil y cercana de la verdad, según lo que yo tengo entendido, prestó sólo á Cristóbal Colón el medio cuento, ó él y sus hermanos.»

De tan importante declaración, exenta de sospecha de parcialidad, resulta que en la asociación formada en Palos, Cristóbal Colón aportaba con el compromiso del descubrimiento, el Despacho de los Reyes y un millón de maravedís, optando á las recompensas sentadas por condición en las capitulaciones de Santa Fe y usando desde luego de la dirección y mando con el título de Capitán general de la Armada. Martín Alonso Pinzón, á nada obligado, sin conocimiento, intervención ni título de los Reyes, por acto espontáneo, ponía su influencia y autoridad, su persona, con las de sus hermanos y parientes: en una palabra, la armada; la realidad de la expedición, con perfecto conocimiento de que la otra parte carecía de elementos que la reunieran; ponía, además, medio millón de maravedís, ó sea la mitad de lo que daban los Reyes; la tercera parte del costo total, y esto en cabeza y nombre de Colón, que percibiría el interés correspondiente á la suma. Si la empresa fracasaba, perdería las esperanzas y las ilusiones de su vida, que constituían todo su caudal; se encontraría otra vez de andante en cortes. Pinzón, por su parte, comprometía el medio millón, sin esperanza de que un extranjero pobre, y en tal caso desconceptuado totalmente, encontrara medios de reintegrarlo; arriesgaba los bajeles que, con aquella suma, componían su fortuna y posición independiente, poniendo, por tanto, en aventura lo que más se estima en este mundo.

Ahora bien: ¿podrá admitirse que el móvil de la notoriedad bastara para decidir á este hombre á una empresa generalmente juzgada temeraria en tales condiciones?

El Obispo de Chiapa, concededor del corazón humano, decía bien: *nadie se mueve sino por su interés y utilidad*. Si Martín Alonso se determinaba á secundar la causa de otro, por mucho que influyeran sus condiciones de arrojo y temeridad; por grande que fuera la convicción adquirida del resultado: aunque comprendiera á Colón y se estimara digno de subir con él á las regiones de la fama, como daba á entender la declaración en el proceso

de Diego Fernández Colmenero, *porque era hombre de gran corazón que trabajaba de hacer lo que otro no podiese, porque de ello hobiese memoria; para que se sobrepusiera á las preocupaciones del vulgo, desoyera los consejos de la circunspección, y sin vacilar uniera su suerte á la de un desconocido, necesario era que impulsó poderoso le lanzara, y éste no podía ser otro que la ambición.*

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

Continuará.

HISTORIA DE UN DÍA (1).

RELATO MADRILEÑO.

VI.



Ramírez dijo:

—Van ya, Carlos, ocho años que nos conocemos. ¿Te acuerdas? La vida era entonces para mí ancho campo de flores, que yo cogía, aspiraba y tiraba á medida de mi capricho. Mi juventud, mi dinero, mi nombre, la ciega ternura de mis padres, mis pululantes amistades, mis lozanas ilusiones, todo me empujaba por el único camino en que nos encontramos: el del placer, el de la explotación irreflexiva y gozosa de la vida. Tú también ibas por él, aunque á tu manera. Cuando yo pedí noticias tuyas á nuestros íntimos, uno de ellos, un crítico implacable, aquel viejo alegre de Ferrándiz, que nos presidía casi siempre en nombre de sus cabellos grises y de su incuestionable autoridad de disipado, me dijo:—Es un pobre muchacho, semipoeta, semicómico, que se contenta con seguirnos á todas partes como cronista. Es un insuficiente, á quien verás beber sin emborracharse, jugar sin pedir, alegrarse sin exaltación, discutir sin imponerse, cenar siempre á escote, acercarse siempre á la menos informal de las que cenan, que es siempre la más fea, no prestar ni deber nunca una peseta, y retirarse siempre antes del día, bajo pretexto de que su hermana le espera. Porque parece que vive en un chiribitil ó sotabanco del barrio de Argüelles, con una hermana proveya y floricultora, que limpia sus libros y zurce sus camisas. En una palabra: es un falso joven, un literato sin genio y sin deudas, un libertino de pega y un compañero inservible. El día menos pensado desaparecerá de entre nosotros, sin el honor de que su ausencia se note, y le veremos cualquier jueves por la tarde sacar á paseo los adolescentes de cualquier colegio.—

Yo, el primogénito y unigénito de los Condes de Ramírez, el destinado por todas las concausas de su vida á la alegría sin límites, el Ramírez encargado de vengar con sus placeres á sus ascendientes, esclavos del chafarote, víctimas del patriotismo; yo, el feliz por vocación y hasta por obediencia, claro es que recibí como debía tus noticias biográficas, y ni siquiera llegué á desdeñarte: no volví á pensar en que existías. Pero tú te tomaste el trabajo de recordármelo, y fué del modo siguiente: Era noche de baile en el Real, y ya cerca de la madrugada. Consumíamos en el saloncillo de mi palco las ostras y los fiambres de ordenanza, á través de un mar de *champagne*. Eramos los de siempre, ó casi todos, y las de siempre, es decir, las respectivas amigas de la quincena corriente. La mía, mi amiga accidental, una francesa, primorosa, rubia, delgada, transparente, espiritual de palabra y tan material de hecho como su paisana Manón Lescaut, se permitió, en un acceso de su amor alquilado, el entusiasmo de arrojarme al rostro el contenido de su copa; y yo, que tenía entonces la embriaguez irascible y sin distinción de sexes, levanté á la agresora en mis brazos como á un muñeco, y os dije:—Ahora vais á ver cómo vuelan las tísicas.—Y me dispuse, resueltamente, á tirarla desde el palco al salón. Ninguno de nuestros amenos cómplices se atrevió á oponerse á mi intento, que, por conocerme, creían irrevocable. Tú te opusiste. Tú quitaste rápida y vigorosamente la mísera víctima de mis manos, la hiciste salir por su pie del palco, y te volviste á afrontar mi cólera. Mi cólera se tradujo en el correspondiente apóstrofe insultante, y en el conato de una bofetada, que supiste impedir sujetando mi levantado brazo, pero que diste por recibida. Consecuencia inmediata: el salir á matarnos. Salimos; fuimos en sendos simones á tomar en el club las pistolas que, según breve deliberación de nuestros amigos y padrinos, debían dar carácter al lance. Desde el club nos transportamos en veinte minutos á la agreste posesión de uno de nuestros compañeros, en Villaverde. Amanecía, y soplabá el gris infalible del Guadarrama. Hétenos, apenas lle-

(1) Véanse los números I y II.